



Winfried Hempel  
Ex-colono y Abogado de las víctimas alemanas  
de la ex-Colonia Dignidad

Hablar de Colonia Dignidad es hablar de otra dimensión paralela. Es la historia de un grupo de inmigrantes alemanes, artesanos, agricultores, constructores y cristianos bien intencionados que pretendían crear un paraíso virtuoso y benéfico, y que terminaron creando el Infierno en la Tierra, su propio infierno. Su líder Paul Schäfer tuvo la perversa habilidad de transmutar personas honestas y humildes en cuestión de meses en perfectos agentes del mal.

Mediante un simple reduccionismo se hizo una extraña asociación entre un cristianismo fundamentalista y un furibundo anticomunismo. Contribuyó a esto la circunstancia de que muchos colonos eran alemanes refugiados de Rusia, y en sus simples mentes era lo mismo ser ruso y comunista, por lo cual combatir dicho “peligro”, surgía de sus miedos más intensos y profundos que habían engendrado a finales de la Segunda Guerra Mundial.

Así, tanto Cristo como Pinochet eran para ellos salvadores y Schäfer una especie de Juan el Bautista, sin embargo, no vestido con pieles de camello como el profeta bíblico, sino que disfrazado de oveja que no solo disfrutaba de la violencia política, sino también la violencia sexual y del poder sin límites. Se aprovechó sexualmente de hombres, mujeres, niños y niñas. El con la ayuda de sus 12 discípulos, secuaces o “jerarcas” se construyó su propio imperio de abuso y sumisión donde su palabra era ley y contradecirlo era anatema.

En el sistema de vida se logró que se transformaran muchos en víctimas y/o victimarios mutuamente e incluso en si mismos, de mayor y menor grado, por supuesto. Una víctima ahogada en la angustia, para hacerse un mínimo espacio de autonomía y respeto debía necesariamente delatar a alguna otra víctima, transformándose esto en perverso y cotidiano ciclo de retroalimentación.

El colono no tenía propiedad privada, no tenía familia. Hombres y mujeres trabajaban como en una economía bolchevique en grupos sectarios supervisados por “tíos” y “tías”. Era un mini-totalitarismo, que por su tamaño reducido era mucho más perfecto que los regímenes totalitarios de tamaño estatal.

Este perverso engendro funcionó como reloj bien aceitado. Por esto, no sorprende que el ejército de Chile se valiera de la Colonia, que se transformó en un brazo muy eficiente de la Dictadura que hizo desaparecer miles de personas en la fase más oscura de nuestra historia nacional.

Colonia Dignidad fue una especie de Pulpo de mil cabezas y millo-

nes de tentáculos lo que hace muy difícil su análisis. La presente obra de Arte de María Verónica San Martín muestra uno de sus aspectos, un aspecto hasta ahora desconocido: el espionaje a los países vecinos en la década de los años 70. Resulta un testimonio sorprendente, los audios de la obra que nos transportan, más que a Perú y Bolivia, al eficiente aparato de comunicación y espionaje organizado por un tuerto y casi analfabeto camillero de la Segunda Guerra Mundial que terminaba participando con voz y voto en las reuniones de los Generales del Ejército de Chile en el edificio Diego Portales y cuya voz era absoluta autoridad.

Demuestra la mutación de las formas que dentro de su perversión tienen cierta adaptabilidad, multiplicidad y plasticidad, aunque de estructura metálica, rígida, fría. El mal se transformaba constantemente, cambiaba de grado y forma de manifestación, cada forma que adoptaba intimidaba y despertaba los propios demonios internos. Cambia, no fluye, más bien se quiebra y reconstruye, todo como una realidad dura como el acero y de formas mentales rígidas como muy bien lo demuestra esta obra.

María Verónica San Martín nos muestra con originalidad y de forma creativa las múltiples formas y manifestaciones de lo destructivo, que a ratos se torna casi lúdico, quizás atractivo, y en esto radica el peligro. Está en constante movimiento no hay paz ni descanso.

Los audios que acompañan los movimientos son grabaciones originales realizadas al espionaje que organizaba el pedófilo Paul Schäfer para posteriormente vender dicha información al Ejército de Chile, a cambio de protección e inmunidad, inmunidad para seguir delinquiendo impunemente bajo las narices y con la venia de la autoridad pública. Demuestra que en tiempos de conflictos bélicos el fin justifica los medios.

El mal adopta muchas formas, pero se distingue en una característica del bien, es decir, el primero es finito y el segundo infinito, por eso no hay que perder la esperanza que surge de la caja de pandora, aunque a medias. El mal siempre es limitado y limitante, aunque muchas veces no lo parezca, por grandes tiranos han caído estrepitosamente cuando la gente se rebeló hastiado por la tiranía y la injusticia.

En calidad de abogado de las víctimas alemanas de la ex-Colonia Dignidad destaco la originalidad de la obra que presenta María Verónica, y que nos abre una ventana a la multiplicidad del universo de Schäfer.

Es una abstracción política que hay que ver y escuchar.



**DIGNIDAD.** María Verónica San Martín  
Archivo Nacional de Chile. 5 oct. - 27 nov. 2018



Matías Celedón  
Escritor

Los documentos expuestos por María Verónica San Martín en *Dignidad* son la evidencia de una trama inconcebible y ominosa. Tanto el Informe Rettig como la Comisión Valech reconocen el uso de Colonia Dignidad como centro represivo y de desaparición de prisioneros políticos durante la dictadura. Además de los abusos a los que los propios colonos eran sometidos por los jerarcas, cerca de trescientas personas fueron interrogadas y torturadas ahí por la DINA entre 1973 y 1978, mientras que alrededor de cien personas habrían sido asesinadas y desaparecidas.

Los ejes de la instalación que San Martín emplaza en el centro de *Dignidad* interaccionan en un espacio simbólico que se articula en múltiples niveles. La artista define su escultura como “una abstracción política”, una forma irreductible capaz de adquirir volumen y modificar sus caras de acuerdo a una serie de movimientos que transitan entre diferentes símbolos de poder. La historia oculta que rodea la figura del enclave alemán, se sostiene por los ecos y conversaciones telefónicas entre Paul Schäfer y los agentes nazis Kurt Schnellenkamp y Hugo Baar, grabadas en 1978. Son llamadas de larga distancia internacional en el contexto global de la Guerra Fría. Acciones transcontinentales registradas en cintas magnetofónicas que dan cuenta de las comunicaciones entre la Colonia y sus contactos en Alemania y Perú, a las que San Martín tuvo acceso en el transcurso de su investigación.

Parte importante de los documentos que se exhiben en *Dignidad* fueron encontrados en los distintos allanamientos que desde 1996 han ocurrido en la actual Villa Baviera. En ellos se han descubierto detalles reveladores del paso de los detenidos y desaparecidos por el lugar, el nombre de sus captores, sus interrogadores y sus torturadores, constituyendo el mayor archivo de la represión en Chile.

San Martín persiste en recobrar la historia a partir de sus rastros. Enfocada desde sus primeros trabajos en confrontar las tramas de poder que han configurado a Chile desde la dictadura, su búsqueda preserva y actualiza una memoria históricamente olvidadiza. Inmersa en los audios de un registro temporal ambiguo —el presente contenido en las cintas de 1978 reverberando hoy, cuarenta años después—<sup>2</sup>, la artista construye

y desarma los símbolos que asocia al enclave a partir de una unidad elemental: un plano de múltiples caras plegables capaces de articular una secuencia de formas que opera como contraparte abstracta a la lógica taxonómica del archivo.

Trabajar con los restos supone lidiar con las pérdidas. En *Dignidad*, San Martín se involucra en un caso abierto en donde las víctimas parecen condenadas a tener que serlo por siempre. El manejo de la información provoca constantemente la posibilidad de la violencia y la pérdida de protección para las personas implicadas. La información es poder, y por medio de su acceso concede privilegios y consagra la impunidad.

A través de un montaje estético, San Martín propone una forma de apertura. En una acción colectiva<sup>3</sup>, contribuye al acervo de este archivo y propone un camino hacia la desclasificación que va más allá de un gesto personal. No hace falta experimentar en primera persona el horror para que los recuerdos pervivan marcando a la generación que sigue. Esos ecos permiten sondear nuevos espacios de la memoria. Evocando esos espacios, San Martín utiliza diferentes medios para mantener presente lo que tiende a la omisión, el olvido o la negación.

No se puede transcribir el silencio. El hallazgo de las cintas permite acceder a nuevas pistas, a otras preguntas. Es relevante que sea precisamente la voz de Schnellenkamp una de las que participa en las conversaciones grabadas. Desde su irrenunciable contemporaneidad, San Martín no se cuestiona su autoridad para interpelar los hechos. Busca en los orígenes de la fractura; indaga sin prejuicios en los pliegues de la historia. Participa de un relato encontrado y toma conciencia de los vacíos que quedan por reconstituir.

<sup>1</sup> *Colonia Dignidad/Dystopic Utopia*. 2018 Studio Program Catalogue, Whitney ISP, Artists Space, Nueva York, (pp. 28-29), María Verónica San Martín. 2018  
<sup>2</sup> Musicalizado y diseñado sonoramente por el músico Diego Las Heras  
<sup>3</sup> *Dignidad* es el resultado de un trabajo en conjunto con la Asociación por la Memoria y los Derechos Humanos Colonia Dignidad y el abogado del caso Winfried Hempel, ex-colono, quien encontró las cintas

Emma de Ramón  
Directora Archivo Nacional de Chile

Archivos, documentos, rastros, huellas... marcas en el espacio que delatan tiempos. Espacios oscurecidos por el silencio y el ocultamiento de los trazos dejados por cientos de oprimidos.

¿Oprimidos por qué? ¿Oprimidos por quién?  
Tras Colonia Dignidad, sus inmensas posesiones en Parral y sus alrededores; tras los documentos secretos hallados en sus límites desde el año 2000 subyace uno de los fragmentos más terribles de nuestra historia. Ocultos en pozos y abismos de misterio, textos que relatan un acontecer oculto detrás de humildes y bienintencionados granjeros y hombres de bien, cristianos, que ejercían la beneficencia a los pobres campesinos de Parral: empeñados en mejorar su acceso a la educación, a la salud, al trabajo (bienes siempre esquivos en esta patria reticente a muchos de sus hijos), el modelo de disciplinamiento y eficiencia alemanes encandiló a todo el mundo en un Chile de los ’60 que intentaba dejar atrás el lastre insostenible de los abusos del latifundio. Estos “buenos” emprendedores, prometían ayudar en este proyecto. La civilización europea del norte frente a la barbarie indígena y a los resabios del colonialismo español nos tomaría de la mano para ayudarnos a construir un mundo mejor.

Muchos lo vieron rápidamente: ese quiste inexpugnable al medio de la república no traería nada bueno; algunos huían de sus garras contando afuera horrores inenarrables... Muchos callaron, otros utilizaron la enajenación del recinto y de sus líderes para reforzar su presencia en el sur de Chile. Así fue como desde 1973 en adelante, los oprimidos ya no fueron solo los campesinos y sus hijos e hijas, abusados al infinito en todas las perspectivas posibles. Fueron, además, los perseguidos por el régimen cívico militar, los otros oprimidos los torturados, asesinados y desaparecidos por sus ideales.

Los opresores, metódicamente, anotaban sus prácticas, establecían las características de quienes perseguían y a quienes temían: señalaban direcciones, rasgos, rastros. Escribían en miles de fichas, recortaban fragmentos de periódicos, pegaban fotografías y luego guardaban todo aquello minuciosamente en un mueble especial. Obsesionados por el control del espacio exterior (ya que el interior, al parecer, lo dominaban), construyeron un espacio, un paisaje de seres fragmentados en fichas, caminos para ubicarse bien en un mundo que les era, naturalmen-

te, ajeno, peligroso. Archivos, documentos, rastros, huellas... rostros ambiguos e incompletos formados por mentes desquiciadas que se abren a nuestros ojos para hablarnos en otras claves: las del horror.

Margarita Romero  
Presidenta Asociación por la Memoria  
y los Derechos Humanos Colonia Dignidad

La exposición *Dignidad* representa una de las distintas formas por medio de las cuales la sociedad chilena ha comenzado a acercarse al caso de la Colonia Dignidad. Luego de casi tres décadas, muy poca verdad y escasa justicia ha sido posible lograr por los distintos crímenes cometidos en la Colonia Dignidad, la cual hasta el día de hoy goza de redes de protección que han dificultado la investigación judicial y el castigo a los culpables. Los audios que se incluyen en la instalación permiten entender las dimensiones excepcionales del enclave alemán, lo que aún resulta sorprendente cuando han transcurrido 28 años desde el fin de la dictadura. En este escenario, la instalación *Dignidad* contribuye también a la búsqueda de verdad y justicia, al promover el interés público sobre el caso de la Colonia Dignidad, el planteamiento de interrogantes sobre esa realidad y las deudas que aún quedan por saldar con quienes allí permanecieron secuestrados, fueron asesinados y desaparecidos.

Para la Asociación por la Memoria y los Derechos Humanos Colonia Dignidad es muy importante que artistas e investigadores muestren interés por lo ocurrido en la Colonia Dignidad durante la dictadura o más allá de esta. Pueden expresar con elocuencia el trabajo de memoria, por medio del cual las urgencias del presente, como la impunidad, orientan las formas del recuerdo. Hoy llamada Villa Baviera, el enclave de Colonia Dignidad persiste y no puede permanecer inadvertido para la sociedad chilena. Iniciativas artísticas como *Dignidad* visibilizan esta realidad y llevan a las personas a plantearse preguntas sobre los límites de la justicia, y cómo combatir el olvido sobre los crímenes de lesa humanidad allí perpetrados.

